

La frontera infranqueable: La araucanía en los relatos de viaje de dos ingenieros francófonos en el Chile de fines del siglo XIX (Gustave Verniory y Camille Jacob de Cordemoy)

Jaime Otazo
Eduardo Gallegos

Resumen El trabajo expone algunos resultados de una investigación cualitativo-interpretativa sobre las representaciones de La Frontera entre Chile y el territorio de los Araucanos (Araucanía) en los relatos de dos ingenieros francoparlantes que visitaron esta región a fines del siglo XIX (G. Verniory y J. de Cordemoy). A través del análisis, se explicitan algunos de los rasgos del imaginario colonialista de la época, el cual era compartido tanto por chilenos como extranjeros en el momento de la avanzada civilizatoria. Una avanzada que transformó al país en una red de antiguas y nuevas ciudades conectadas por el telégrafo y el tren. En ese contexto modernizador, la Frontera es concebida por ambos ingenieros como un lugar móvil cuyo desplazamiento depende del avance civilizatorio representado principalmente por la instalación de la línea férrea y de los nuevos pueblos, mediante los cuales se quería ganar terreno al territorio salvaje antiguamente habitado por los feroces Araucanos. Paradójicamente, en esta época los indígenas de la Araucanía son vistos como seres residuales e incongruentes con la leyenda de valor y soberbia transmitida por el discurso genealógico de la nación. En particular, los indígenas que entran en contacto con la civilización son paradójicamente vistos como decadentes y desorientados en un medio que no son capaces de comprender. Por último, llama la atención la valoración contra-dictoria de la civilización en ambos relatos.

Palabras clave Frontera, colonialismo, viajes, Chile, Araucanía, siglo XIX.

Résumé **La frontière infranchissable: l'Araucanie dans les récits de voyage de deux ingénieurs francophones du Chili de la fin du XIXe siècle (Gustave Verniory y Camille Jacob de Cordemoy)**

Le travail expose quelques résultats issus d'une recherche qualitative interprétative sur la représentation de « La Frontera » (La Frontière) entre le Chili et le territoire des Araucans (l'Araucanie), dans les récits de deux ingénieurs francophones qui ont visité cette région à la fin du XIXe siècle (Gustave Verniory y Camille Jacob de Cordemoy). À travers des analyses on explicite quelques traits de l'imaginaire colonialiste de l'époque qui était partagée autant par les Chiliens que par les étrangers au moment de l'avancée civilisatrice. Une avancée qu'a transformé le territoire national dans un réseau de villes anciennes et nouvelles connectées par le télégraphe et le train. Dans ce contexte de modernisation, la Frontière est conçue par ces deux ingénieurs comme un espace mouvant dont le déplacement dépendait de l'avancement civilisatoire représenté principalement par l'installation du chemin ferré et des nouveaux villages, au moyen desquels on voulait gagner du terrain au territoire sauvage habité naguère par les feroces Araucans. Paradoxalement, à l'époque on conçoit les indiens de l'Araucanie comme les représentants d'une « race en décadence », comme des êtres résiduels et incongrus avec la légende du courage et fierté transmise par le discours généalogique de la nation. Particulièrement, les indiens qui entraient en contact avec la civilisation étaient vus comme des êtres decadents et désorientés dans un milieu qu'ils n'arrivaient pas à comprendre. Finalement, c'est remarquable la valorisation contradictoire de la civilisation dans les deux récits analysés et confrontés.

Mots clés Frontière, colonialisme, voyages, le Chili, Araucanie, XIX siècle.

Recibido 25 de abril de 2011
Aprobado 18 de mayo de 2011

Cómo citar este artículo OTAZO, Jaime y Eduardo, GALLEGOS. "La frontera infranqueable: La araucanía en los relatos de viaje de dos ingenieros francófonos en el Chile de fines del siglo XIX. (Gustave Verniory y Camille Jacob de Cordemoy) en: Revista S. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, vol. 5, 2011.

REVISTA

1. El colonialismo y sus relatos

El colonialismo europeo de fines del siglo XIX se puede caracterizar como un sistema económico y político basado en la explotación de los recursos en territorios fuera de Europa por parte de un país europeo¹. Sin embargo, el colonialismo fue también una cultura, una mentalidad asociada a estas prácticas, una ideología que se cristalizó en un sentimiento de curiosidad exótica mezclado con una afirmación chauvinista de los valores de la propia cultura, entendida como civilización, frente a las otras culturas, vistas como formas diversas de la barbarie².

Dicha ideología colonialista adquirió formas variadas que, en cada caso, sirvieron a la concreción de las distintas fases del proyecto colonial. Estas ideologías fueron vehiculadas a través de dispositivos propagandísticos de muy diversa naturaleza, en una época de enorme transformación de las tecnologías de la comunicación y el transporte³.

La construcción de una cultura colonialista constituyó en muchos casos un objetivo de Estado. En Francia, por ejemplo, la propaganda colonialista se institucionalizó progresivamente desde mediados del siglo XIX, permitiendo la difusión del imaginario colonial a través de dispositivos muy variados, tales como las exposiciones coloniales, el cine y la fotografía pseudo-etnográficas, la moda, las prácticas culinarias, el deporte, etc. además de la utilización de la prensa informativa y magazinesca⁴.

¹ LOOMBA, Ania. *Colonialism / Postcolonialism*. Londres: Routledge, 1998.

² BOËTSCH, Gilles, "La culture coloniale, une culture en partage?" en: BLANCHARD, Pascal (editores) (et al.). *Culture coloniale en France*. París: CNRS - Autrement, 2008.

³ BLANCHARD, Pascal (et al.). "La formation d'une culture coloniale en France, du temps des colonies à celui de "guerres de mémoires"" en: BLANCHARD, Pascal (et al.). *Culture coloniale en France. De la Révolution Française à nos jours*. París: CNRS, Autrement, 2008, pp. 12-15.

⁴ Remitimos aquí al lector a los trabajos que desde los años noventa dirigen Pascal Blanchard, Nicolas Bancel, Gilles Boëtsch, Eric Deroo y Sandrine Lemaire. En particular Blanchard, Lemaire & Bancel (2008) que resume casi dos décadas de trabajo sobre la cultura colonial en Francia, entendida tanto como un sistema de representaciones que como sistema de propaganda, orientado a la reproducción programada de dichas representaciones.

Es en este contexto que tiene lugar la multiplicación de los relatos de viaje en la Europa del siglo XIX. En particular, aquellas narraciones de carácter autodiegéticas, a través de las cuales un viajero, invariablemente occidental, daba cuenta de su paso por tierras coloniales de ultramar.

El éxito comercial de dichos testimonios, a medio camino entre la literatura y el periodismo, no sólo dio lugar a un subgénero literario -el relato colonial-, además forma parte de la prefiguración del periodismo comercial desde mediados del siglo XIX. Estos relatos popularizaron la experiencia del exotismo moderno, exhibiendo ante el público civilizado el entorno y las costumbres de las comunidades humanas que habitaban en los confines del mundo conocido. Lejos ya del ideal pedagógico de la Ilustración, este tipo de textos integraron progresivamente las lógicas comerciales de la entretención y la evasión bajo el pretexto de la divulgación científica.

2. Objetivo

El objetivo de este trabajo es aportar algunos elementos para comprender la construcción histórica del imaginario colonialista durante el siglo XIX a partir del análisis de dos relatos de viaje de ingenieros francoparlantes que permanecieron en Chile durante las dos últimas décadas de dicho siglo: el belga Gustave Verniory y el francés Camille Jacob de Cordemoy. Ambos directamente involucrados en los proyectos de comunicación y transporte impulsados por el gobierno de Balmaceda.

Gustave Verniory tomó a su cargo la instalación de una parte de los mil kilómetros de línea férrea que comunicarían la ciudad capital, Santiago, con las provincias australes. Todo esto pasando por el territorio recientemente arrebatado a los indígenas mapuches. Por su parte, Camille Jacob de Cordemoy realizó durante cinco años los estudios hidrológicos para la ambiciosa red portuaria y fluvial que el gobierno de Domingo Santamaría había proyectado.

Durante sus respectivas misiones, tanto Verniory como Cordemoy dirigieron una atención particular a la Frontera, un territorio impreciso al sur de

Chile (en parte superpuesto al Arauco de Ercilla) y que encarnaba para ellos la idea exótica del territorio salvaje e inexplorado a causa de su clima lluvioso y frío, de su paisaje boscoso. Pero, sobre todo, un territorio salvaje a causa de los indígenas: el pueblo Araucano (Mapuche), legendario a la época por su tenaz resistencia a la conquista española.

Desde esta perspectiva, planteamos que la Frontera austral de Chile se configuró y reconfiguró progresivamente para estos viajeros como un territorio imaginario, un espacio de realización de las fantasías civilizatorias y modernizadoras propias del colonialismo decimonónico.

Este trabajo sintetiza algunos de los resultados asociados a una investigación en curso sobre los relatos de viaje por el Chile meridional de fines del siglo XIX⁵. En particular, se concentra sobre la relación que en estos relatos se establece entre los conceptos Frontera y alteridad indígena, entendidos como fenómenos del imaginario colonial del siglo XIX tanto en Chile como en Europa.

Con esta discusión quisiéramos ayudar a desplegar algunos elementos para una reflexión sobre la cuestión siempre huidiza de la interculturalidad en el contexto del viaje como elemento central del imaginario colonialista y que se plasma en uno de los principales dispositivos culturales del colonialismo decimonónico: el relato de viajes⁶. De esta manera, se problematizará la creación de espacios de contacto intercultural que, desde un punto de vista semiótico, no pueden ser vistos de otra forma que como espacios de contacto entre los mundos que esas culturas configuran.

⁵ GALLEGOS, Eduardo. *Representación de la alteridad indígena de la América Meridional en los relatos de tres viajeros franceses de fines del siglo XIX* publicados en la revista *Le Tour du Monde*. Temuco: Universidad de La Frontera, 2010. Tesis para optar al grado de Licenciado en Comunicación Social bajo la dirección del Dr. Jaime Otazo.

⁶ VENAYRE, Sylvain, "Le voyage, le journal et les journalistes au XIXe siècle", en : *Les Temps des Médias*, no. 8, 2007.

3. Un siglo de ingenieros: colonialismo y comunicación

Si bien el viaje hacia dominios coloniales estaba abierto a una gran variedad de tipos sociales que participaban, directa o indirectamente, en las dinámicas de la economía colonial (funcionarios públicos, empresarios, comerciantes, profesionales de toda clase, militares, etc.), el relato de dichas experiencias era una tarea que emprendían categorías específicas de sujetos pertenecientes a las clases letradas de la sociedad colonialista (el viajero profesional, el reportero de viajes, el explorador, el científico natural, etc.). Ninguna otra de estas figuras tuvo un rol tan preponderante en el discurso colonialista y su proyecto modernizador como la figura del ingeniero, agente de progreso por definición, capaz de transformar creativamente la naturaleza salvaje en civilización.

Para la mentalidad decimonónica, el ingeniero es un sujeto paradigmático, resultado de una mezcla delicada de racionalidad científica y pragmatismo emprendedor, valores de una época que se propuso dominar la legalidad aparentemente inamovible de la naturaleza. El ingeniero fue así pieza fundamental del imaginario de la sociedad moderno-industrial. No es extraño que el ingeniero sea el héroe de la literatura de aventuras y de ciencia ficción moderna, desde Joe Pritchell a Cyrus Smith. El ingeniero, el más civilizado de los hombres civilizados, es capaz de aplicar el conocimiento científico a los problemas de la vida cotidiana. La mirada del ingeniero no solo es la mirada del hombre civilizado, sino, sobre todo, la mirada del agente civilizador. El imaginario social de la profesión le da una investidura especial como promotor del progreso. La presencia del ingeniero es indisociable del proceso de modernización colonialista.

L'ingénieur, chevalier moderne, peuple de prouesses et de machines les romans d'aventures scientifiques de la fin du XIXe siècle. A côté, mais à rebours des savants fous, il symbolise la science pratique et en garantit la moralité. Homme instruit, travailleur acharné mais modeste, il est récompensé par des capitaux qui lui permettent de réinvestir tout le patrimoine humain au profit de ses semblables. Il étend la maîtrise de l'homme sur l'espace et le temps et donne de l'arsenal scientifique utilisé à bon escient une image ras-

surante. Conducteur d'hommes plus que directeur d'usine, il n'exploite que la nature dans la voie du progrès et lance le monde industriel à la conquête du bonheur universel^{7,8}.

La figura del ingeniero hace perceptible la relación de mutua implicación entre los progresos simultáneos del colonialismo y los medios de comunicación y transporte. Los avances espectaculares en los medios de transporte y comunicación posibilitaron la culminación de los esfuerzos de exploración geográfica y científica del globo, al tiempo que se multiplicaban los proyectos de integración de los territorios inexplorados a la irradiación civilizadora de las potencias mundiales. Entre todos estos nuevos medios, el ferrocarril y el telégrafo fueron, sin duda, los instrumentos privilegiados para realizar esta finalidad integradora que permitiría conectar los lugares más remotos del planeta al influjo saludable de la civilización. La tecnología constituida en materialización del conocimiento científico reafirma el autoconcepto del ego colonizador europeo. El acero y la electricidad representan el genio de la civilización, el ferrocarril y los medios de transporte forman la red mundial y el vínculo universal⁹. No debe extrañarnos, entonces, la urgencia con que los gobiernos coloniales instalaron las primeras redes ferroviarias y de telegrafía a imagen de las vastas redes de comunicación que se instalaron en Francia desde el siglo XVIII¹⁰.

⁷ "A la manera de un caballero moderno, el ingeniero puebla con proezas y máquinas las novelas de aventura científica del fin del siglo XIX. Al costado pero a la inversa del científico loco, el ingeniero simboliza la ciencia práctica y garantiza su moralidad. Hombre instruido, trabajador incansable pero modesto, es recompensado por el capital que le permite reinvertir todo el patrimonio humano a favor de sus semejantes. El extiende el dominio del hombre sobre el espacio y el tiempo y da una imagen tranquilizadora del arsenal científico cuando este es utilizado con buen tino. Conductor de hombres, más que gerente de fábrica, el ingeniero no explota más que la naturaleza en pos del progreso, lanzando al mundo industrial a la conquista de la felicidad universal." Traducción: J. Otazo.

⁸ CURUTCHET-JULLIAN, Françoise. "Les ingénieurs, géniaux ou ingéniaux", en: *Culture Technique*, no. 12, 1984, p. 37.

⁹ MATTELART, Armand. *L'invention de la communication*. París: La Découverte, 1994, p. 120.

¹⁰ *Ibidem*, pp. 64-70.

4. Mundo fronterizo y frontera colonial

El hombre, social por naturaleza, tiene la capacidad para imaginar fronteras desde que se muestra capaz de representar su mundo como un mosaico más o menos ordenado de espacios relativamente permeables, al interior de los cuales él ocupa un lugar que considera propio, al tiempo que se sitúa respecto de otros lugares que constituyen un más allá, un afuera, una exterioridad conocida y familiar o, por el contrario, desconocida y amenazante¹¹.

Ciertamente, estas fronteras nacen mucho antes que la aparición del Estado-Nación moderno y no es difícil encontrarlas plasmadas en las cartografías elementales de diferentes culturas o civilizaciones pasadas.

La frontera, sin embargo, no es un simple hecho cartográfico, tampoco geográfico. La frontera es la traducción de un aspecto constituyente de la imaginación espacial de la cultura. Sin frontera no hay territorio. Por su parte, el territorio tiene, al igual que la frontera, esta misma existencia imaginaria capaz de dar forma a cierto tipo de pertenencias e identidades¹². Es importante recalcar que este carácter imaginario no impide que las fronteras sean reales ni tampoco que a partir de su existencia puramente simbólica se realicen en el mundo de los hechos "positivos" (un ejemplo brutal de esto último es el muro como realización material de la imaginación colectiva).

Las funciones sociales de la frontera son complejas y cambiantes. La historia nos muestra en este sentido una gran variedad de procesos asociados a la creación, existencia, modificación o desaparición de este fenómeno profundamente cultural y, por ende, profundamente semiótico. La repre-

¹¹ HARTOG, François. *Le miroir d'Hérodote. Essai sur la représentation de l'autre*. París: Gallimard, 1980 y HARTOG, François. *Mémoire d'Ulysse. Récits sur la frontière en Grèce ancienne*. París: Gallimard, 1996.

¹² LE BONNIEC, FABIEN. "Las identidades territoriales o cómo hacer historia desde hoy día", en: MORALES, Roberto (ed.), *Territorialidad mapuche en el siglo XX*. Temuco: Instituto de Estudios Indígenas, 2002.

sentación cartográfica del espacio humano tiende a considerarlas en sus distintos tipos y jerarquías.

A diferencia del simple límite, la frontera parece connotar una serie de rasgos propios de su raíz latina asociada al "frente" de una batalla o una guerra. La frontera es así el lugar de una resistencia agonística, de una disputa territorial¹³. Incluso podemos concebirla como la huella que dicha confrontación histórica deja en la tradición cultural¹⁴. En cambio, el límite goza de una connotación más neutra asociada a la mera demarcación de un paso, un umbral, en el sentido etimológico del latín *limine*.

Durante el periodo que va desde fines del siglo XVIII hasta principios del siglo XX se cristalizan las fronteras y límites entre los Estados-naciones modernos que constituyen más o menos las naciones que conocemos en la actualidad. Hablar de "cristalización" de las fronteras no representa con suficiente precisión lo que realmente ocurrió entre estas naciones. Las fronteras, como sabemos, no aparecieron solas sino que se fijaron a fuerza de cañones y bayonetas. Lo curioso es que esta violencia, involucrada en la idea y la práctica de la frontera, no parecía molestar demasiado a los gobiernos de estas naciones, los cuales con una sorprendente facilidad se involucraban en disputas territoriales que inevitablemente terminaban en conflictos bélicos.

Lo que hizo aceptable la frontera como lugar de confrontación fue la poderosa ideología que impregnaba el imaginario cultural de la época que mezcló nacionalismo, voluntarismo y evolucionismo social.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, Europa conoció una forma muy particular de este complejo ideológico que ahora conocemos bajo el nombre de colonialismo y que en su forma más aguda conocemos como imperialismo.

Según Mommsen, en su análisis de la época imperialista en Europa, "a los pueblos ya no les bastaba con jugar un papel dentro del sistema de Estados europeos; ambicionaban ser una potencia ultramarina. Los decenios siguientes [a 1880] trajeron una encarnizada lucha de las naciones europeas por territorios coloniales en ultramar. La penetración política y económica de los territorios por desarrollar se convirtió en la gran empresa nacional de esa época"¹⁵.

A los evidentes motivos de dominio económico y político, las naciones colonialistas asociaron un sistema ideológico que legitimaba la conquista de nuevos territorios. El colonialismo, en tanto ideología, era, y sigue siendo, una forma sutil de etnocentrismo que, apoyado eventualmente sobre premisas del evolucionismo social, de misión religiosa o de lucha contra la esclavitud, llamaba a las naciones europeas a inducir a las naciones subdesarrolladas los valores de la civilización, incorporándolas territorialmente al dominio de una nación más "evolucionada"¹⁶.

5. Colonialismo en Chile

Normalmente se asume que el único periodo estrictamente colonial chileno fue, al igual que para la mayoría de los países americanos, el largo estadio previo a su emancipación respecto de la corona española, es decir, los casi trescientos años que van entre 1536 y 1810. A partir de ese momento, y según la historiografía nacional, Chile nunca volvió a ser, al menos desde el punto de vista territorial, colonia de ninguna otra nación o imperio.

No obstante, el colonialismo, como fenómeno económico global y como mentalidad propia del siglo XIX y principios del XX, tuvo una profunda influencia tanto en Chile como en el resto de América. Una influencia que se tradujo progresivamente en políticas de Estado. De este modo, varios momentos de la historia chilena se entienden mejor cuando se introducen las coordenadas de la lógica colonialista. En particular, el progresismo evolucionista que legitimó distintas formas de de-

¹³ LASK, Tomke. "Grenze/fronrière: le sens de la frontière", en: Quaderni, no. 27, 1995, p. 65.

¹⁴ ABEL, Olivier. "Pour une éthique de la frontière", en: Autre temps, no. 33, 1992, p. 14.

¹⁵ MOMMSEN, Wolfgang J. La época del Imperialismo. Europa 1995-1918. México D.F.: Siglo XXI, 1992, p. 10.

¹⁶ *Ibidem*, p. 11.

predación capitalista de una nación dotada de una baja densidad poblacional y de extensas porciones de territorio inexplorado. Entre otras cosas, estos discursos permitieron justificar la expansión demográfica, la colonización interna, la valorización de los modelos europeos en los distintos ámbitos de la cultura y las artes, la ocupación de la Araucanía y el exterminio o reducción de la población indígena que la poblaba. Todo esto en sintonía con el modelo "colonialista republicano" de la época, que proponía la exportación de la civilización hacia las colonias ultramarinas¹⁷.

El colonialismo en Chile, como en otras partes del mundo, fue reeditado bajo nuevas formas¹⁸. En particular, en el Chile decimonónico, la oligarquía nacida del latifundismo criollo que gobernaba el país desde su independencia se dotó de un discurso eurocéntrico en el que la identidad del país se definía en relación al parámetro de la civilización idealizada de las naciones europeas.

Las ideas del colonialismo impregnaron fuertemente la mentalidad de las élites intelectuales y políticas del país pero, más importante aún, conformaron sus prácticas. Durante todo el siglo XIX, estas se esforzaron por modificar la identidad nacional, europeizándola, renegando de su origen indígena y mestizo.

Desde mediados del siglo XIX se inicia en Chile un extenso proyecto de colonización austral por parte de ciudadanos alemanes primero y luego italianos, franceses y suizos, entre otros. Este proceso de colonización fue impulsado por el Gobierno y supuso una intensa campaña de reclutamiento en Europa, a cargo de Agencias de colonización que prometieron un futuro en tierra americana a cientos de familias europeas.

La introducción sistemática de colonos europeos es una opción política fundada sobre premisas étnicas claramente rastreables en los discursos de la época. En sus *Recuerdos del pasado*, Vicente Pérez Rosales, tal vez el principal agente colonizador de Valdivia, opina que:

¹⁷ BLANCHARD (et al.), op. cit., pp. 24-28.

¹⁸ MIGNOLO, Walter. La idea de América Latina. Barcelona: Gedisa, 2007.

En países como el nuestro, es de todo punto indispensable la activa cooperación del elemento extranjero; poderosa entidad que al procurar enriquecerse, enriquece al país donde se asila, que puebla los desiertos y forma estados que, aunque con el modesto nombre de colonias, asombran por su industria, por su comercio y por su bienestar, hasta a sus mismas metrópolis.¹⁹

Para esa época, mediados del siglo XIX, los pueblos originarios de Chile ya habían desaparecido por la vía de la extinción o el mestizaje, con una sola excepción: el pueblo Mapuche, también llamados Araucanos.

6. La frontera araucana

Hacia fines del siglo XIX en Chile, La Frontera araucana es un concepto en transformación. Inicialmente refería al territorio al sur del río Biobío, que abrigó periodos de intenso intercambio entre criollos y mapuches durante el periodo colonial español y que los historiadores estudian bajo la noción de "mundo fronterizo"²⁰. Este territorio volvió a ser importante para el Estado de Chile una vez que se emprende la denominada Pacificación de la Araucanía, la que no consistió en otra cosa que en la ocupación militar de los territorios indígenas para cederlos a privados. Durante dicho periodo, La Frontera vuelve a adquirir su sentido agonístico como frente o línea de combate. La Frontera, así entendida por Cornelio Saavedra y los gobiernos de la época, constituyó un dispositivo estratégico que, fundado en un desplazamiento gradual, permitió reducir progresivamente el territorio dominado por los Araucanos o Mapuches²¹.

Como dijimos al comenzar este trabajo, los mapuches o araucanos habían logrado resistir las periódicas embestidas del ejército español durante los casi trescientos años de colonia. Finalmente, y tras

¹⁹ PÉREZ ROSALES, Vicente. Recuerdos del pasado (1814-1860). Santiago: Andrés Bello, 1980, p. 404.

²⁰ VILLALOBOS, Sergio. Vida fronteriza en la Araucanía. El mito de la guerra de Arauco. Santiago: Andrés Bello, 1995 y PINTO, Jorge. La formación del Estado y la Nación, y el pueblo mapuche. De la inclusión a la exclusión. Santiago: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos / Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2003.

²¹ SAAVEDRA, Cornelio. Documentos relativos a la ocupación de Arauco: que contienen los trabajos practicados desde 1861 hasta la fecha. Santiago: Imprenta de la Libertad, 1870.

sucesivas firmas de tratados de paz, la corona se conformó con mantenerlos a raya al sur del río Biobío, a unos 500 kilómetros al sur de Santiago. Es allí donde se fijó con el tiempo la Frontera imaginaria con el pueblo Araucano. Según algunos historiadores, la denominada Guerra de Arauco, entre españoles y araucanos, no fue constante ni predominante. Los intensos periodos bélicos fueron seguidos de largos años de paz durante los que se reforzaron los contactos e intercambios a lo largo de ambas orillas del Biobío²². Estas transacciones a lo largo de la Frontera es lo que los historiadores han caracterizado como mundo fronterizo²³. Los intercambios en este territorio indefinido permiten a los indígenas la venta de caballos y vacunos, venta de charqui, venta de manufactura artesanal, compra de herramientas, compra de harina, etc.

No fue sino hasta principios del siglo XIX que surgió en Chile la cuestión sobre el destino de la Araucanía en el contexto de la construcción de la nueva institucionalidad política de la nación y de la reformulación de su economía. La idea de ocupar militarmente el territorio indígena fue defendida como una necesidad de soberanía territorial y, sobre todo, como un imperativo económico. Según el discurso de los partidarios de la ocupación, las tierras al sur del Biobío no eran productivas y esa falta de productividad era atribuida a la decadencia moral del pueblo araucano. De este modo, los gobiernos de la época retomaron la idea de ocupar la Araucanía y reducir a los indígenas mediante un avance progresivo de la Frontera y la fundación de nuevos pueblos al amparo de los regimientos fronterizos.

Los historiadores del mundo fronterizo colonial tienden a señalar al siglo XIX como el fin de la Frontera como espacio intercultural²⁴. No obstante, La Frontera permaneció en el imaginario popular como escenario del contacto con la alteridad originaria del salvaje y de la resistencia opuesta

por la naturaleza en su estado más primitivo: la selva austral.

Sin identificarse entre sí, las representaciones asociadas a los espacios inicialmente coincidentes entre La Frontera y la Araucanía fueron separándose a medida que el desplazamiento indígena fue seguido por el avance de la colonización, la fundación de ciudades y sobre todo la comunicación terrestre por medio de caminos y líneas férreas. De este modo, la Frontera inmóvil del mundo colonial fue reemplazada así por la Frontera móvil del proyecto civilizatorio de la nación.

La Frontera se transforma de este modo en una enorme obra en construcción. El proyecto de colonización según Bengoa²⁵ constaba de tres fases: una fase militar que avanzaría las líneas hacia el interior del territorio araucano; una fase de conectividad comunicacional a través de redes viales que unieran el territorio conquistado al civilizado y una fase de poblamiento. El plan colonialista se fundó así en el progresivo fortalecimiento del orden público, de las comunicaciones y del poblamiento.

Al menos parcialmente, la movilidad de la Frontera está dada por el carácter progresivo de la instalación de las redes de comunicación y transporte. En menos de cuatro años, según nos cuenta el mismo Bengoa, una ciudad de Los Ángeles, situada justo al norte del río Biobío, quedó comunicada al resto de país mediante nuevos caminos, la vía férrea, el telégrafo y el correo regular, lo que provocó una verdadera transformación de los tiempos que regían la vida cotidiana en el sur de Chile.

Es en este territorio movedido que el Gobierno de Chile encarga a un pequeño ejército de ingenieros para rediseñar las comunicaciones y las vías de transporte para convertirlo en una red dinamizadora del comercio y la industria, de la instalación de urbes y el desplazamiento de los sujetos y las mercancías, condiciones que se creían imprescindibles para el bienestar de la nación²⁶.

²² LEÓN, Leonardo. Maloqueros y conchavadores: en Araucanía y las Pampas; Temuco: Universidad de La Frontera, 1991 y VILLALOBOS, op. cit.

²³ PINTO, op. cit.

²⁴ *Ibidem*.

²⁵ BENGOA, José. Historia del pueblo mapuche. Santiago: Lom, 2000.

²⁶ VICUÑA MACKENNA, Benjamín. La conquista de Arauco: discurso pronunciado en la Cámara de diputados en su sesión

7. Dos ingenieros en la frontera

Los dos relatos de viaje que constituyen el objeto de este artículo tienen su origen en el contexto que acabamos de explicar, y sostenemos que son comparables en la medida que comparten, además de una época común de referencia, un mismo imaginario espacial y territorial, y sobre todo un punto de vista compartido, una misma aproximación desde la ideología profesional del ingeniero decimonónico.

En 1889 desembarcaba en Chile Gustave Verniory, el ingeniero belga, para hacerse cargo del tendido de varios tramos de línea ferroviaria que atravesaría “de parte a parte la Araucanía, recientemente conquistada, de manera de unir a Chile central con la provincia aislada de Valdivia”²⁷. Se trataba de una obra que permitiría comunicar la capital del país con sus territorios australes, cruzando de un extremo al otro la región aún habitada por los indios Araucanos, quienes habían sido progresivamente reducidos tanto militar como territorialmente.

La estadía de Verniory en Chile se extendió diez años. Sus memorias de esa época constituyen uno de los testimonios más vívidos de la Frontera en la fase final de la Ocupación de la Araucanía.

Menos conocido que el de Verniory, el relato de viajes por Chile del ingeniero hidráulico Camille Jacob de Cordemoy (1840-¿?) se ambienta más o menos en la misma época (1891 a 1895, aproximadamente). Sus escenarios son prácticamente los mismos, con la excepción que Cordemoy dedica parte de su relato al norte de Chile (región que Verniory no visita).

En su calidad de ingeniero hidráulico, Cordemoy fue contratado por el Gobierno de Chile para analizar los puertos y el sistema hidrológico del país con el objeto de proyectar obras de canalización con vistas a una red de transporte marítimo-flu-

vial en el sur de Chile²⁸. A diferencia de Verniory, Cordemoy publicó rápidamente sus impresiones de su viaje a Chile en una de las revistas de viaje más prestigiosa de Francia: la revista *Le Tour du Monde* (volveremos más adelante sobre ella). Su relato está contenido en dos números de dicha revista publicados en 1896 y 1898, respectivamente. Más tarde, en 1899, fue publicada por Hachette como libro bajo el mismo título: *Au Chili*.

De esta manera contamos con dos relatos de gran interés historiográfico que, pese a sus diferencias, expresan el punto de vista de dos ingenieros sobre un país en plena instalación de las redes de comunicación que caracterizan al proyecto civilizatorio moderno.

8. Relatos analizados

Si entendemos con Surun el relato de viajes como un “dispositivo textual complejo, que aparece como el resultado de un conjunto de operaciones donde se pone en texto la experiencia de viaje”²⁹, podemos coincidir con él en que el relato de viajes no es “un producto liso o neutro, que haya borrado todo rastro de su fabricación y haya hecho desaparecer las prácticas textuales, cognitivas o materiales que han conducido a su elaboración, ya sea durante el viaje o al retorno”³⁰, por el contrario, las marcas enunciativas del viajero dan cuenta del carácter subjetivo de la experiencia sobre la que se funda la escritura de viajes.

Como hemos dicho, nuestro corpus de análisis está conformado por los relatos de viaje de dos ingenieros francófonos que visitaron la Araucanía entre los años 1889 y 1899. Por una parte, el relato *Au Chili* que el francés Camille Jacob de Cordemoy publicó en la revista *Le Tour du Monde* entre 1896 y 1898. Por otra parte, el relato del belga Gustave Verniory titulado *Diez años en La Araucanía*, inédito hasta 1975.

de 10 de agosto. Santiago: Imprenta del Ferrocarril, 1868.

²⁷ VERNIORY, Gustave. *Diez años en la Araucanía 1889-1899* (2ª edición en Biblioteca del Bicentenario). Santiago: Pehuén, 2001, p. 97. Traducción: Eduardo Humeres.

²⁸ Cf. FIGUEROA, Virgilio. *Diccionario histórico, biográfico y bibliográfico de Chile* (4 vols.). Santiago: Balcels, 1928, p. 440.

²⁹ SURUN, Isabelle. “Du texte au terrain: reconstruire les pratiques des voyageurs (Afrique occidentale, 1790-1880)”, en: *Sociétés et représentations*, no. 21, 2006, p. 217.

³⁰ *Ibidem*.

Al igual que la mayoría de los relatos de viajes deimonónicos³¹ y, en particular de los que se conocen como relatos coloniales³², tal como los han estudiado con gran profundidad diversos autores³³, los textos de Cordemoy y Verniory constituyen un ejercicio escritural a medio camino entre literatura, reporte científico y reporte periodístico³⁴. Esta ambigüedad se ve redoblada en la medida que ninguno de los dos es propiamente hablando un escritor, un científico o un periodista.

El análisis de estos relatos se ve dificultado, además, por su naturaleza aparentemente a-problemática. En una primera lectura, el relato de Cordemoy es el reporte de un viaje a Chile, el cual comienza por una estadía en la capital, luego un viaje al sur para finalmente remontar al norte. Sin embargo, la simplicidad secuencial de la historia se ve complicada por la imprecisión de puntos de referencia temporales específicos que permitan situar la historia singular del viaje en el contexto de la temporalidad extradiscursiva, de la cual sí hay referencias abundantes en el relato de Verniory (los distintos episodios de la historia de Chile, la guerra civil, etc.).

Por su parte, el relato de Verniory está minuciosamente permeado por referencias a acciones, actividades y experiencias personales en estrecha relación con los eventos sociopolíticos tanto nacionales como internacionales que las enmarcan.

Al mismo tiempo, el relato de Verniory se nos presenta a primera vista bajo la forma de un diario o bitácora que refiere año a año, mes a mes, su estadía en la Araucanía, con breves pasos por Santiago y otras ciudades del centro del país. Sin embargo, a medida que avanza, la narración es frecuentemente interrumpida por comentarios prolépticos³⁵ que

anticipan el desenlace de ciertos episodios o sus implicaciones, lo que se comporta como un índice respecto del momento de la enunciación narrativa, posterior al conjunto de los acontecimientos relatados, y un rasgo distintivo respecto al diario de viaje como género discursivo.

El relato de Cordemoy tiene una estructura cronológica más estrictamente analéptica, aunque con algunas incrustaciones prolépticas que adelantan eventos subsecuentes e indican también que la enunciación se ubica en un momento posterior a la ocurrencia de la totalidad de los eventos relatados (historia).

Tanto el relato de Cordemoy como el de Verniory constituyen, entonces, mecanismos narrativos complejos en los que se han resuelto de manera variable los desafíos de convertir el material bruto de la experiencia en objeto de la diégesis.

Otras diferencias formales están asociadas a las exigencias del contrato escritural al que ambos autores se someten. Por una parte, el relato de Cordemoy obedece a las exigencias formales y de contenido de la revista francesa de viajes *Le Tour du Monde*, fundada en 1860 como un producto editorial que mezcló hábilmente la instrucción enciclopedista con la entretención popular: la espectacularización de un mundo aún poco conocido que se supone lleno de maravillas exóticas más o menos pintorescas, más o menos salvajes. Su editor, Edouard Charton, es un reconocido emprendedor editorial (creador además del *Magazin pittoresque* et *L'illustration*) empañado del espíritu vulgarizador del sansimonismo y del sentido del espectáculo popular de las ferias y exposiciones internacionales, los zoológicos, los circos de curiosidad, la fotografía y luego el cine.

En el caso de Verniory, su relato se mantuvo inédito hasta 1975, año en que Guy Santibáñez, amigo de los herederos del ingeniero belga, cumple su proyecto de publicar estas memorias, que le habían sido confiadas para su traducción y publicación, en Chile bajo el nombre "Diez años en la Araucanía 1889-1899". Ignoramos si estas memorias tenían un propósito editorial, pero es posible,

³¹ Relatos de viajes que, desde fines del siglo XIX y hasta bien entrado el siglo XX, muestran a "jóvenes héroes conquistando tierras vírgenes, sometiendo o combatiendo poblaciones hostiles o dóciles", exaltando la conquista como forma de liberación y civilización.

³² BANCEL, Nicolas (et al.). *La colonisation française*. Toulouse: Milan, 2007.

³³ Antoine, 2006; Grijalba, 2003; Hijerta, 2002; Marcil, 2006; Martin, 2007; Staszak, 2006, 2008; Surun, 2006, 2007; Venayre, 2006, 2007; Weber, 2006, entre otros.

³⁴ SURUN, op. cit.

³⁵ GENETTE, Gérard. *Discours du récit*. Essai de méthode.

Paris: Seuil, 2007, p. 28.

dada la cuidada redacción y unidad estilística del texto. Verniory se adapta a las exigencias del género con un poco más de holgura que Cordemoy. Quizá por esta razón el relato de Verniory se nos muestra más autoreferente. Las menciones a Chile y la Araucanía están siempre intrincadamente vinculadas a su propias experiencias profesionales. Cordemoy, por el contrario, tiende a ocultar estas cuestiones más personales y a poner en relieve el carácter "objetivo" del relato.

El relato de Verniory se nos aparece así con un doble foco de atención. Uno que podríamos llamar exteroceptivo, que va en busca del mundo en su existencia "independiente del observador" y, otro, interoceptivo, en el que ese mundo se configura como historia personal, como experiencia. Dicho de otro modo, en el relato de Cordemoy predomina la búsqueda de impresiones (exterocepción), mientras que en el de Verniory predomina la búsqueda de experiencias (interocepción)³⁶.

Asociada a esta misma diferencia, en el foco de atención del relato está el hecho que el relato de Cordemoy proporciona un perfil "objetivo" del país a través de una exposición más o menos directa de sus datos oficiales. El predominio de lo enciclopédico sobre lo anecdótico caracteriza al relato de Cordemoy, mientras que en el relato de Verniory lo experiencial-anecdótico predomina sobre lo enciclopédico. Esto no significa que el relato de Cordemoy no incorpore la dimensión experiencial, sin embargo, dichas experiencias tienen un lugar secundario, en la medida que con frecuencia permiten el reenvío hacia los datos "objetivos" o a juicios generales del autor. De esta forma, la anécdota, la experiencia, el caso singular sirven a Cordemoy como ilustración del caso general, mientras que el texto de Verniory tiende a ir en dirección contraria: la información general es precisada y, con frecuencia, matizada por la experiencia y los casos singulares.

Esta diferencia en la dirección con la que ambos autores manejan la relación entre lo general y lo particular es indicativa de las dinámicas de la

³⁶ Esta oposición entre orientación interoceptiva versus exteroceptiva, podrían aproximarse a la oposición entre las funciones expresiva y referencial de la comunicación en Jakobson (1960).

construcción y deconstrucción del estereotipo. El discurso general que instrumentaliza a la experiencia para confirmarse a sí mismo es característico de la aplicación de estereotipos. Un discurso experiencial al servicio de la generalización es propio de la construcción de los mismos. Mientras que un discurso experiencial que contradice o atenúa los juicios estereotipantes es propio de una lógica deconstructiva del estereotipo. Al respecto, tanto Cordemoy como Verniory ponen en juego sus estereotipos eurocéntricos; sin embargo, ambos se diferencian en el predominio de estas estrategias (de) constructivas.

9. El viaje a la frontera

Habría sido fácil dirigir la línea férrea derecho hacia Concepción. Se habría ahorrado más de una hora de ruta; esa vía se construirá seguramente un día. Pero era necesario comenzar como se ha hecho por establecer la arteria principal que penetra más allá del Biobío y directamente (...) a esta Araucanía que hasta el día de hoy, incluso en el lenguaje oficial se llama La Frontera. La línea, pasa el gran río y se extiende sin resistencia hasta el medio de los Indios de un lado hasta Traiguén y del otro hasta Temuco.³⁷

El encuentro con la Frontera Araucana es representado por ambos autores como una vivencia sorprendente, una experiencia privilegiada en la que todavía se puede ver el choque espectacular entre civilización y barbarie. Para la mentalidad romántica de nuestros viajeros, que afirma la voluntad del hombre por sobre la resistencia entrópica del mundo, esta colisión primitiva entre naturaleza y cultura justifica los sacrificios del viaje y las incomodidades del país. A esta conciencia filosófica de la confrontación entre civilización y barbarie se suma una conciencia histórica según la cual la expansión del mundo civilizado es inexorable y se encuentra en su fase terminal. Todas las naciones del globo están de una u otra manera ya sujetas al imperio del mundo civilizado.

³⁷ CORDEMOY, Camille Jacob de. *Au Chili*. Ouvrage illustré de 109 gravures d'après des photographies. Paris: Librairie Hachette et Cie., 1899, p. 181. [Originalmente publicado bajo el mismo título en *Le Tour du Monde*, Tomo II, nueva serie, números 49, 50, 51, 52, publicados en París, los días 5, 12, 19 y 26 de diciembre de 1896, respectivamente, y *Le Tour du Monde*, Tomo IV, nueva serie, números 16, 17 y 18, aparecidos en París los días 16, 23 y 30 de abril de 1898, respectivamente].

Sin embargo, el mundo salvaje ejerce sobre ambos una profunda fascinación. Recién llegado a la Frontera, Verniory se maravilla de la naturaleza exuberante y virgen de la Araucanía y de paso nos entrega algunas pistas del estado pasional del aventurero colonial.

Es la primera vez que yo penetro en una selva enteramente virgen. ¡Qué esplendor! Más inteligentes que los árboles de nuestro país, éstos tienen la buena costumbre de conservar sus hojas en el invierno. Pero lo que debe ser una selva virgen en verano me cuesta todavía imaginarlo. De lejos parece una masa compacta de un verde oscuro: no hay la menor transición entre la pampa y la selva; uno se choca literalmente contra este bloque de selva; uno se choca literalmente contra este bloque de verdura. La entrada del sendero, abierto hace quince días solamente, parece como un hoyo negro sobre el fondo verde. Apenas penetramos nos encontramos en una oscuridad a la cual no nos acostumbramos sino al cabo de algunos minutos. Como nosotros somos los primeros que entramos a caballo, los mozos van adelante, quitando a machetazos los obstáculos que molestarían demasiado nuestra marcha. Avanzamos lentamente, pues los caballos se atascan con los bambúes y las lianas que recubren el sendero.³⁸

Este párrafo de las memorias de Verniory es significativo, el ánimo del viajero no solo está impregnado de admiración ante la naturaleza virgen, su admiración está en estrecha relación con el acto de penetrar en ella, de ir avanzando por lugares jamás transitados previamente. La tensión simbólica del relato está dada por la oposición entre explorado e inexplorado, en cuyo límite móvil se sitúa la figura del explorador.

De manera opuesta a Verniory, Cordemoy no se ve absorto en ningún momento por la naturaleza ni da muestras de una admiración hacia los bosques espesos. Lo que cautiva la mirada de Cordemoy es siempre la forma en que esta naturaleza que un día abarcaba toda la región, hoy se ve sometida a formas de racionalización del espacio, en donde se mostraría la distinción entre civilización y barbarie.

Si la vía de hierro, tuvo Collipulli por término durante largo tiempo, era porque delante de ella se oponía un obstáculo capaz de hacer reflexio-

nar al más audaz: la quebrada inmensa donde corre el pequeño río de Malleco³⁹. Le Creusot⁴⁰ ha puesto sobre este abismo un puente de fierro; una maravilla. Posado sobre pilares a una altura vertiginosa, vista desde abajo, parece aérea.⁴¹

La presencia de elementos que revelan el genio de la ingeniería europea da cuenta del triunfo de la razón por sobre la ignorancia, visualizada, entre otras cosas, a través de la naturaleza y los parajes agrestes que dificultan el avance de la "civilización".

Para descender de Carahue a la desembocadura de La Imperial, separados por 35 kilómetros, tenemos la ventaja de contar con un pequeño vapor -¡sí, en la Araucanía!- que realiza este trayecto en menos de tres horas. Es a un francés instalado en el borde del río cerca del mar, en bajo Imperial, a quien debemos este progreso.⁴²

El avance de la frontera, en su sentido más general, es un sentimiento comparable a esta penetración de la selva virgen. Es un estado complejo del espíritu civilizado que por sobre todas las cosas ama la conquista, el desafío que supone la resistencia de la naturaleza salvaje ante el hombre. La fascinación por la frontera es la percepción que esta avanza gracias al impulso voluntarista de la exploración. La fascinación por la frontera es la autopercepción del explorador en el acto de adelantar los límites de la civilización en un mundo lleno de novedad, misterio y, sobre todo, riesgo. Los componentes vitalistas se imponen en esta visión.

El mundo inexplorado se vuelve así un objeto de continua admiración de un espectáculo salvaje cuyo primer espectador es el viajero mismo. Esta necesidad de aventura y novedad es en el caso de Verniory tan fuerte, que una vez conquistada la frontera pierde todo interés.

Refiriéndose a la ciudad de Victoria, una de los tantos pueblos recientemente instalados a la vera de la línea del ferrocarril, Verniory se queja de que en apenas 6 años esta haya perdido su carácter sal-

³⁹ Hace referencia al puente Malleco o Viaducto Malleco.

⁴⁰ Empresa francesa encargada de la construcción del Viaducto Malleco.

⁴¹ CORDEMOY, op. cit., p. 182.

⁴² *Ibíd.*, p. 186.

³⁸ VERNIORY, op. cit., p. 113.

vaje y peligroso con la instalación de nuevos y mejores hospedajes, más comercio, más gente, menos delincuencia y un sistema policial decente: “¡Que cambio desde que llegué a esta misma Victoria hace seis años!” –dice Verniory. Además:

Eran buenos tiempos aquellos. Era verdaderamente “la frontera”. Ahora Victoria es una ciudad como todas las ciudades del sur; un poco más barrosa en invierno, un poco más polvorienta en verano. En lugar de las grandes botas y los ponchos de antaño, se ven zapatos de charol y sobretodos a la moda; en lugar de revólver, se llevan guantes, y cuando se quiere comer en la noche, se entra en el primer restaurante que se encuentra. De todos modos prefiero el antiguo sistema.⁴³

Esta cita evidencia el carácter inestable de la frontera en el imaginario de Verniory, toda vez que esta ya no está donde alguna vez estuvo. La súbita civilización de la Araucanía parece haberle arrebatado su carácter de Frontera. Por otra parte, si la Frontera ya no está aquí, entonces dónde. Sabemos que el trabajo de Verniory está asociado precisamente a la extensión de la línea férrea que permitía el avance del proyecto civilizatorio. No es extraño pensar entonces que la Frontera se haya desplazado un poco más al sur, donde continúan los trabajos. De hecho Verniory será contratado por el Estado para continuar la instalación de puentes y vías ferroviarias más allá del río Cautín, ingresando en nuevas tierras vírgenes.

Cabe preguntarse entonces qué es lo que buscaba realmente Verniory en su paso por la Araucanía. ¿No era acaso la instalación de las comodidades de la civilización en tierras salvajes? ¿Por qué, entonces, se lamenta de haber conseguido lo que se había propuesto? La respuesta es simple, Verniory es un fugitivo. Dejando su carrera mediocre en Bélgica, se ha involucrado en una aventura que lo aleja de la aburrida y predecible civilización. Verniory no viene a construir la línea del tren, ese es su trabajo, sino a vivir aventuras, esa es su pasión.

Cordemoy, por su parte, se siente absolutamente satisfecho al ver que “La Frontera” como último bastión de lo salvaje y desconocido forma parte

ahora de la “civilización”. Si Verniory es el aventurero incansable y fugitivo, Cordemoy es una especie de “escribano de la civilización” que da cuentas sobre cómo las tierras alguna vez incultas y salvajes son ahora parte de la “red global” y de la civilización, a través de la acción civilizadora de sujetos como Verniory. “Los Indios, en su costumbre nacional, invaden las calles, a pie o a caballo, sin mostrarse sorprendidos de esta civilización que los desborda y los absorbe”⁴⁴. Además, afirma:

Esta tragedia ocupa mi memoria mientras cruzo el puente. Un cacique y su mujer, detenidos al costado de la vía, miran el tren que les roza, y me pregunto qué pensarán estos hijos de los antiguos propietarios del suelo, cuando contemplan los monumentos del genio del hombre blanco. Junto al puente, un molino se ha instalado y obtiene su fuerza de una corriente casi invisible a sus pies y cuya energía se transmite por un delgado cable eléctrico. Son estos trabajos, más impresionantes que las balas de artillería, los que han puesto en estos espíritus simples, la convicción de la superioridad de los europeos, y se han decidido a dejarlos hacer, dejarlos ir. No los han vencido y se han resignado. Es la mejor manera de entender la civilización.⁴⁵

De esta forma, haciendo su trabajo, tanto Verniory como Cordemoy realizan el sueño aventurero de la época, internándose en un rincón exótico e inexplorado del mundo. Como hemos visto, Verniory lo hace con un espíritu inquieto y siempre en búsqueda de la aventura. Cordemoy, en cambio, da muestras del sosiego, luego de la tarea cumplida, y se aboca únicamente a la contemplación descriptiva del triunfo de la civilización por sobre la barbarie.

10. Visión del indio araucano

Detengámonos ahora en el otro componente salvaje de este mundo fronterizo: el indio Araucano. El conocimiento del indígena en los relatos de Verniory y Cordemoy está dominado por los preconceptos que ambos viajeros tienen de los indígenas de otros confines, en particular, América del Norte, y los indígenas de la época remota de la Conquista española. De estos tiempos les llega

⁴³ VERNIORY, op. cit., p. 351.

⁴⁴ CORDEMOY, op. cit., p. 185.

⁴⁵ *Ibidem*, p. 182.

la fama de los Araucanos como “raza” guerrera y orgullosa a través de los relatos basados en el poema épico de la Araucana, de Alonso Ercilla, donde los Araucanos son ensalzados como portentosos guerreros, dignos oponentes del guerrero español, cuyo valor ya había sido puesto a prueba en las guerras contra los “moros”. Tres imágenes distintas del indio aparecen en los relatos que nos ocupan: el indio de pueblo, el indio de campo y el indio histórico.

El indio de pueblo es producto, podríamos decir, del desplazamiento (como dirían en Colombia), vencido y despojado no tiene otra alternativa que aproximarse a los centros urbanos a mendigar su sustento o buscarse un destino. Reflejo deformado del indio mítico de La Araucana, el indio de pueblo es en el relato de Verniory un simple borrachín o un mendigo. Este indio no sorprende ni por sus cualidades civilizadas ni por su barbarie o fiereza. Al contrario, provoca compasión. Las palabras más despreciativas de ambos viajeros están dirigidas a estos mapuches como errantes y desorientados. Así el indio de pueblo es visto como holgazán, alcohólico, vago y ladrón.

Verniory cuenta: “en Collipulle [sic] es donde veo el primer indio, un pobre diablo vestido con ‘chamal’, descalzo, la cabeza ceñida con un pañuelo. Francamente tiene el aire más inofensivo del mundo. ¿Es éste un digno representante de la raza feroz y belicosa que hace unos pocos años era dueña absoluta del vasto territorio de la Araucanía?”⁴⁶. El discurso de la época tiende a atribuir este fracaso civilizatorio a un problema de la “raza”. La decadencia racial de un pueblo que está destinado a desaparecer en el trágico camino de la evolución social. Y otras razas más aptas, se supone, tomarán su lugar.

Por otra parte, el indio de campo está asociado a un componente salvaje, no necesariamente barbárico. El indio de campo ha logrado conservar su tierra o ha sido reubicado en el territorio de tal modo que se encuentra relativamente fuera del circuito urbano y lejos de las vías férreas. Es lo que algunos historiadores denominan indígena de la

época *reduccional*, es decir, adaptado a la situación de despojo que advino tras la ocupación militar del territorio mapuche. Esta adaptación supone en muchos casos la conservación de algunas tierras y animales, que permiten la subsistencia en un sistema de intercambios económicos convulsionado por la instalación de las ciudades, las nuevas redes camineras y ferroviarias, y los nuevos terratenientes.

El indio histórico, en cambio, es un indio conocido para estos viajeros por fuentes indirectas. Se dice que alguna vez existió esa raza feroz y temible, pero obviamente desaparecida en la actualidad. Su barbarie reside en sus costumbres reñidas con la moral civilizada. Fenómenos como la antropofagia, la poligamia y otras “aberraciones” culturales parecen fascinar a ambos narradores.

11. Policías y bandoleros

No obstante, a la barbarie extinta del indio histórico se opone la barbarie actual de una civilización instalada a medias. En diversas oportunidades Verniory acusa la mediocridad y vandalismo de una policía escasa en número y miserable en posesiones: “Seres andrajosos, sin uniforme, solamente reconocibles por su aire insolente y su quepi blanco, rojo, azul o negro”⁴⁷.

Así, no es difícil darse cuenta que la oposición entre civilización y barbarie, que recorre los dos relatos, no se puede superponer de manera directa a la distinción entre europeo e indígena o entre chileno e indígena.

Una de las propiedades de este territorio es que no solo es salvaje sino que tiende a volver salvajes a quienes penetran en él. La falta de policía, de instancias administrativas e incluso de mujeres hace que estos pueblos estén entregados a una violencia permanente, a una revolución permanente de sus ciudadanos. Violencia que solo parece poder controlarse a través de medidas excepcionales, como la famosa policía rural comandada por Triziano, “terror de los bandidos”, que ejecutaba sin juicio

⁴⁶ VERNIORY, op. cit., p. 76.

⁴⁷ Id., 351.

previo a los delincuentes⁴⁸, y con la cual Verniory tuvo un encuentro siniestro al inicio de su estadía.

De igual forma, es posible encontrar estas tres categorías de indio en el relato de Cordemoy, pero con significaciones un tanto distintas para cada grupo. El indio de pueblo, correspondería a aquel "buen salvaje" que ha aceptado una dosis de civilización y que lo pone en una mejor condición que el indio de campo. Algunas de las características de este sujeto, es el hecho de que ahora se encuentra apto para el trabajo: "He aquí el *rancho* del moderno *inquilino*, que no es otro que el indígena bautizado"⁴⁹.

Sin embargo, el indio de campo poco a poco deja de ser indio y se funde como "elemento general", que son los chilenos: "Ahora, sobre este territorio invencible, el chileno se establece sin miedo en medio de los mapuches (hombres de la tierra). Estos, por otra parte, no solamente desaparecen o se asimilan dentro del elemento general, también han encontrado su disolvente en el alcohol. En la Cámara de Diputados, un destilador se vanagloria de haber sido el verdadero conquistador de la Araucanía"⁵⁰. Como vemos, el indio de la ciudad no está exento de contradicciones y es (re)presentado en el relato de Cordemoy como *inquilino*, es decir trabajador (o sea, civilizado) y al mismo tiempo como "dado al vino", de ahí que quizás el estado de "semi-civilización" sea la mejor descripción que los europeos de la época dan a los indios de la ciudad.

El *inquilino* de Cordemoy es el roto chileno de Verniory, "un ser aparte". "Verdadero descendiente de los antiguos indios que en el curso de las edades han llegado a ser la plebe chilena. Ha conservado la resistencia de su tronco primitivo y también su despreocupación. No hará jamás economías. No tiene otra ropa que la que lleva encima"⁵¹.

Para Cordemoy el indio histórico corresponde a la figura mítica del mapuche guerrero, y sus alusiones a esta categoría son extremadamente positivas:

Las gloriosas luchas de los Araucanos, que son hoy en día el orgullo de los chilenos, han sido recitadas por uno de sus adversarios, Alonso de Ercilla, en el poema la Araucanía [sic] que hace poco ha sido traducido al francés. Se ha reproducido varias veces el sueño de Lautaro, reposando en los brazos de su querida Guacolda, la noche de su muerte. Sombríos presentimientos lo invaden aquella noche, y su fiel compañera busca consolarle. Las mujeres juegan un gran rol en la época de Ercilla. Aquí aparece la bella Racloma que pasa a nado el río Valdivia, y lleva a los conquistadores las palabras de paz de sus compañeros. Las torpederas de la marina chilena llevan los nombres de las heroínas araucanas, poetizadas por el guerrero que combatió contra sus esposos y sus hermanos; Fresia, Guacolda, Janequeo, Gaule, Quidora, Tegualda, Rucamilla. Todas merecerían aquí un recuerdo.⁵²

Finalmente, el indio del campo es quien recibe toda la furia en el relato de Cordemoy, quien señala al divisar a un grupo de indígenas del sur en su entrada a Chile: "Alrededor de una gran hoguera, que jamás se apaga, se calientan ocho pobres diablitos Fueguinos"⁵³. El indio del campo es un pobre diablo y es fiero: "Yo quería ver de cerca a estos fieros Araucanos, cuya historia es la misma del nacimiento de Chile"⁵⁴.

Y hacia el final del relato donde detalla su acercamiento a los mapuches, Cordemoy sentencia:

A este pueblo araucano, tan bravo y patriota, cualquier otro sentimiento le es extraño. Nada ha construido, no tiene escritura ni historia. Si algunos de sus descendientes, como el cacique Coñuepán, saben hoy los nombres de Caupolicán y Lautaro, es porque los han aprendido de los chilenos, y sus ideas no van más allá de la lodosa ruca. ¡Qué es este pueblo araucano comparado a las tribus de México y de Perú! Sólo debe a Ercilla la aureola poética que aún le cubre.⁵⁵

⁴⁸ Id., 170.

⁴⁹ CORDEMOY, op. cit., p. 214.

⁵⁰ Id., 191.

⁵¹ VERNIORY, op. cit., pp. 230-231.

⁵² CORDEMOY, op. cit., pp. 590-591.

⁵³ *Ibidem*, 578.

⁵⁴ *Ibid.*, 186.

⁵⁵ Id., 192.

12. Otras categorías sociales

La Frontera está poblada por gentes nuevas y antiguas. Las antiguas, como hemos visto, están representadas por el indio en sus diversos estados y por la población mestiza local. La gente nueva en la Frontera es principalmente el colono y el funcionario extranjero, pero también, los comerciantes, los profesionales y una importante masa de obreros ("rotos") venidos de otras regiones del país. Todas estas categorías sociales se confunden en los nuevos pueblos del sur.

Verniory se sorprende de la cantidad de extranjeros en los pueblos de Lautaro, Victoria y Temuco. Muchos de ellos son, como él mismo, empleados de compañías extranjeras encargadas de las obras públicas. Otros son comerciantes que llegan para quedarse y probar suerte.

Aunque tradicionalmente se ha querido ver al conquistador español y al indio como los paradigmas de la oposición civilización-barbarie⁵⁶, en los relatos que nos ocupan, la oposición parece reconfigurarse en favor del colono y el bandido. Curiosamente, el indio, que si bien representa un sujeto en estado salvaje, no representa a la barbarie de manera tan extrema y opresiva como la figura del bandido. Al menos, no en estos relatos. De todos los peligros que el hombre civilizado debe conjurar en estas tierras sin ley, sin duda el más ominoso es el ataque de estos delincuentes montados capaces de los más feroces crímenes. La Frontera es, por lo tanto, además de un espacio incierto, un momento de indeterminación en el imperio de la ley.

Por otra parte, la figura del colono aparece nítidamente resaltada en el relato de Verniory, mientras que en el de Cordemoy es reintroducida en el concepto de "lo europeo", como indicador de progreso y civilización.

De hecho, Verniory no solo se limita a denunciar las fechorías cometidas contra los colonos, injustamente aislados y desprovistos de ayuda gubernamental, sino que se toma la molestia de colaborar

con su protector, Louis Cousin, en un fallido proyecto de colonización belga en Chile⁵⁷.

13. Consideraciones finales

Para finalizar quisiéramos volver sobre la cuestión central que hemos propuesto al inicio: ¿cuál es el lugar y la naturaleza de la frontera en estos relatos? Una primera conclusión es que la frontera es un lugar paradójico, ni civilizado ni totalmente entregado a la barbarie. Su estado intermedio puede ser definido bajo el concepto de salvaje, a la manera en que en inglés ha servido para caracterizar popularmente la conquista de los estados occidentales. Así, se habla del "Wild West" o Salvaje oeste norteamericano. Esta situación paradójica está determinada por la imperfección del proceso civilizatorio. En ella se desdibujan durante un tiempo los contornos mismos de la distinción civilización/barbarie. Así la civilización puede devenir salvaje y el salvaje devenir civilizado. El espacio fronterizo es entonces un lugar de indiferenciación, en donde se manifiestan las paradojas y falacias presentes en la dicotomía civilización/barbarie y en todo el mito de la modernidad.

Por otra parte, la Frontera es lugar de confrontación de fuerzas opuestas. Es esta condición agonística lo que parece atraer a los espíritus aventureros o románticos. Una vez que se instala la civilización, el tedio los consume y prefieren regresar a la "verdadera civilización": la patria en Europa, tal y como hemos visto en el caso de Verniory.

La Frontera es además un lugar de pérdida de la visibilidad. En la Frontera solo se experimenta la frontera, nada permanece inalterado en ella. Todo lo que la toca o ingresa en ella es distorsionado por su influjo. En este sentido cabe preguntarse, ¿en qué medida el paso de estos viajeros por la Araucanía les permitió el verdadero descubrimiento? Da la impresión que este no es el objeto del viaje para ellos. Más que descubrir Verniory, se descubre a sí mismo en La Frontera. Mientras que Cordemoy, lejos de descubrir La Frontera, la redescubre a partir de sus preconceptos.

⁵⁶ TODOROV, Tzvetan. *La conquête de l'Amérique. La question de l'autre*. París: Seuil, 1982.

⁵⁷ VERNIORY, op. cit., pp. 366-386.

La conclusión teóricamente más sugestiva es que los viajeros en la Araucanía no están *en* la Frontera. En realidad ellos *son* la Frontera. No pueden decidir estar a un lado o al otro de algo que ellos mismos desplazan continuamente. La Frontera se vuelve así infranqueable. El trabajo del ingeniero es de hecho empujar la frontera a su paso. En la medida que está allí para abrir paso a la civilización, su sola presencia debe ser entendida como una frontera móvil. Así, para entender la compleja actitud del aventurero colonial, la Frontera debe entenderse entonces como un concepto límite que permite comprender el equilibrio dinámico entre mundo civilizado y mundo salvaje que está involucrado en el proceso de domesticación de la naturaleza.

En sus *Tristes tropiques*, Claude Lévi-Strauss parece entrever el dilema de la frontera infranqueable en este conocido pasaje: « Et voici le cercle infranchissable: moins les cultures humaines étaient en mesure de communiquer entre elles et donc se corrompre par leur contact, moins aussi leurs émissaires respectifs étaient capables de percevoir la richesse et la signification de cette diversité »⁵⁸.

Referencias Bibliográficas

- ABEL, Olivier. «Pour une éthique de la frontière», en : *Autre temps*, no. 33, 1992.
- BANCEL, Nicolas (et al.). *La colonisation française*. Toulouse: Milan, 2007.
- BLANCHARD, Pascal (et al.). «La formation d'une culture coloniale en France, du temps des colonies à celui de «guerres de mémoires»», en: BLANCHARD, Pascal (et al.). *Culture coloniale en France. De la Révolution Française à nos jours*. París: CNRS, Autrement, 2008.
- BENGOA, José. *Historia del pueblo mapuche*. Santiago: Lom, 2000.
- BOËTSCH, Gilles, «La culture coloniale, une culture en partage ?» en: BLANCHARD, Pascal (ed.)
- tores) (et al.). *Culture coloniale en France*. París: CNRS - Autrement, 2008.
- CORDEMOY, Camille Jacob de. *Au Chili*. Ouvrage illustré de 109 gravures d'après des photographies. París: Librairie Hachette et Cie., 1899. [Originalmente publicado bajo el mismo título en *Le Tour du Monde*, Tomo II, nueva serie, números 49, 50, 51, 52, publicados en París, los días 5, 12, 19 y 26 de diciembre de 1896, respectivamente, y *Le Tour du Monde*, Tomo IV, nueva serie, números 16, 17 y 18, aparecidos en París los días 16, 23 y 30 de abril de 1898, respectivamente].
- CURUTCHET-JULLIAN, Françoise. «Les ingénieurs, géniaux ou ingéniaux», en: *Culture Technique*, no. 12, 1984.
- FIGUEROA, Virgilio. *Diccionario histórico, biográfico y bibliográfico de Chile (4 vols.)*. Santiago: Balcells, 1928.
- GALLEGOS, Eduardo. *Representación de la alteridad indígena de la América Meridional en los relatos de tres viajeros franceses de fines del siglo XIX* publicados en la revista *Le Tour du Monde*. Temuco: Universidad de La Frontera, 2010. Tesis para optar al grado de Licenciado en Comunicación Social bajo la dirección de Dr. Jaime Otazo.
- GALLEGOS, Eduardo. *Viajeros franceses y la América meridional a fines del siglo XIX*. Temuco: Universidad de La Frontera, 2009. Tesis para optar a Diploma de estudios del Institut d'Études Politiques de Rennes, bajo la dirección de Dr. Jaime Otazo.
- GALLEGOS, Eduardo y Jaime OTAZO. *Imágenes (pos)coloniales, identidad y alteridad. "Nosotros" y "los otros" bajo la mirada de un viajero europeo de principios del siglo XX*. Temuco: Universidad de La Frontera, 2011. Inédito.
- GENETTE, Gérard. *Discours du récit. Essai de méthode*. París: Seuil, 2007.
- HARTOG, François. *Le miroir d'Hérodote. Essai sur la représentation de l'autre*. París: Gallimard, 1980.

⁵⁸ LÉVI-STRAUSS, Claude. *Tristes Tropiques*. París: Plon, 1965, p. 32.

HARTOG, François. *Mémoire d'Ulysse. Récits sur la frontière en Grèce ancienne*. París: Gallimard, 1996.

LASK, Tomke. «Grenze/fronière: le sens de la frontière», en: *Quaderni*, no. 27, 1995.

LE BONNIEC, FABIEN. «Las identidades territoriales o cómo hacer historia desde hoy día», en: MORALES, Roberto (ed.), *Territorialidad mapuche en el siglo XX*. Temuco: Instituto de Estudios Indígenas, 2002.

LEÓN, Leonardo. *Maloqueros y conchavadores: en Araucanía y las Pampas*; Temuco: Universidad de La Frontera, 1991.

LÉVI-STRAUSS, Claude. *Tristes Tropiques*. París: Plon, 1965.

LOOMBA, Ania. *Colonialism / Postcolonialism*. Londres: Routledge, 1998.

MATTELART, Armand. *L'invention de la communication*. París: La Découverte, 1994.

MIGNOLO, Walter. *La idea de América Latina*. Barcelona: Gedisa, 2007.

MOMMSEN, Wolfgang J. *La época del Imperialismo. Europa 1995-1918*. México D.F.: Siglo XXI, 1992.

PÉREZ ROSALES, Vicente. *Recuerdos del pasado (1814-1860)*. Santiago: Andrés Bello, 1980.

PINTO, Jorge (ed.). *Araucanía y pampas. Un mundo fronterizo en América del Sur*. Temuco: Universidad de La Frontera, 1996.

PINTO, Jorge. *La formación del Estado y la Nación, y el pueblo mapuche. De la inclusión a la exclusión*. Santiago: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos / Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2003.

SAAVEDRA, Cornelio. *Documentos relativos a la ocupación de Arauco: que contienen los trabajos practicados desde 1861 hasta la fecha*. Santiago: Imprenta de la Libertad, 1870.

SURUN, Isabelle. «Du texte au terrain: reconstruire les pratiques des voyageurs (Afrique occidentale, 1790-1880)», en: *Sociétés et représentations*, no. 21, 2006.

TODOROV, Tzvetan. *La conquête de l'Amérique. La question de l'autre*. París: Seuil, 1982.

VENAYRE, Sylvain. «Le voyage, le journal et les journalistes au XIXe siècle», en: *Les Temps des Médias*, no. 8, 2007.

VERNIORY, Gustave. *Diez años en la Araucanía 1889-1899* (2ª edición en Biblioteca del Bicentenario). Santiago: Pehuén, 2001. Traducción: Eduardo Humeres.

VICUÑA MACKENNA, Benjamín. *La conquista de Arauco: discurso pronunciado en la Cámara de diputados en su sesión de 10 de agosto*. Santiago: Imprenta del Ferrocarril, 1868.

VILLALOBOS, Sergio. *Vida fronteriza en la Araucanía. El mito de la guerra de Arauco*. Santiago: Andrés Bello, 1995.

Nota biográfica de los autores

Jaime Otazo es doctor en Sciences de l'Information et la Communication por la Universidad de la Sorbonne Nouvelle (Paris III), es académico del Departamento de Lenguas, Literatura y Comunicación y director del Magister en Ciencias de la Comunicación de la Universidad de La Frontera (Chile). Sus investigaciones se concentran sobre la mediatización de las relaciones interculturales y la dimensión semio-estratégica de los conflictos sociales. Desde el año 2009 se ha comenzado a ocupar de la historia de las representaciones e imaginarios colonialistas durante el siglo XIX.

Correo electrónico

jaime.otazo@gmail.com

Eduardo Gallegos es Licenciado en Comunicación social, diplomado del Institut d'Etudes Politiques de Rennes y alumno del Magister en Ciencias de la Comunicación de la Universidad de La Frontera, Chile. Su interés por las representaciones colonia-

les se remonta al 2009, cuando comenzó su investigación de tesina en el IEP de Rennes.

Correo electrónico
egallegoskrause@gmail.com